

LOS DESAFIOS ACTUALES

INTRODUCCION

La Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, publica la Instrucción “Caminar desde Cristo”, como fruto de la reflexión, de la Asamblea Plenaria, al cumplirse en el año 2001 el quinto aniversario de la Exhortación Apostólica Postsinodal “Vita Consecrata”. Podemos afirmar de forma general, que la Instrucción no se clasifica directamente como un documento doctrinal, pero su reflexión sí hace un llamado a recordar que es el Espíritu Santo el que obra en la realidad humana y es quien llama a los consagrados a una continua y decidida conversión.

Las reflexiones puntualizan un quehacer teológico, en cuanto, desde el documento de la Vita Consecrata, los consejos evangélicos: pobreza, castidad y obediencia son medios, que hoy configuran una identidad profunda de la vida religiosa: la consagración, como una opción de vida, y una manera de celebrar y vivir la fe; la comunión, como una manera de vivir en comunidad, la caridad; y la misión, como servicio de entrega a los demás desde la comunidad y la Iglesia, con el ejemplo de sus fundadores, y con la responsabilidad de mantener su espiritualidad y su carisma, en medio de los nuevos retos y las pruebas del mundo actual. En nuestro caso particular, vivir desde la familiaridad de los hermanos consagrados, el carisma de la hospitalidad.

SINTESIS DEL TEXTO

La síntesis puntualiza los numerales (11-19) que reflexionan sobre el tema de la segunda parte de la Instrucción: “la Valentía para afrontar las pruebas y los retos”.

Las distintas realidades y situaciones que aquejan a las personas, y con ellas, a las sociedades, y al mundo, afectan de igual manera a las instituciones, convirtiéndose en dificultades con mayor o menor importancia. De esta manera la Iglesia, tanto como comunidad creyente, y como institución, también se ve afligida en su compromiso de cómo continuar anunciando el evangelio, si carece de vocaciones, y de un compromiso serio en su realidad de ser consagrada al servicio de los hombres y de sus problemas. Es por ello que, la Instrucción invita a que se mire con nuevos ojos la vida consagrada, redescubriendo su calidad y un nuevo sentido, en las realidades propias de los hombres y mujeres que optan por una vocación, como don siempre nuevo de servicio desde la vida religiosa, y su consagración a vivir en comunidad la fraternidad de una comunión en misión con la Iglesia, y la responsabilidad de mantener vivo el carisma y la espiritualidad de los fundadores, a quien han decidido seguir, como modelo de vida, testimonio de fe, y espíritu de servicio.

En cierto modo, hoy, las dificultades humanas hacen que exista una crisis de identidad creyente, religiosa, de fe, espiritual, y enfrentadas a un secularismo moderno, de por sí, esto hace que no sea atractiva una opción de vida consagrada; lo mismo hace en las vocaciones ya consagradas, crear dudas, y permite abandonar los institutos, dejar a un lado ese modelo de vida fraterna. De la misma manera, la ancianidad y la muerte de muchos de los miembros de las comunidades religiosas. Todo esto hace que exista una gran

disminución de sus miembros. Ante esta realidad, una pastoral vocacional adaptada a los nuevos retos y nuevas perspectivas de vida, para asumir y afrontar las pruebas, y ser en el mundo de hoy un nuevo tiempo de gracia, es más que necesaria y crucial. De la misma manera ya el acelerado protagonismo de los laicos en este tiempo, puede convertirse en una amenaza para las comunidades religiosas, pues sus mismos miembros se convencen que los tiempos cambian y que hoy, siendo así, los laicos deben también tomar responsabilidades en las exigencias propias que determina cada comunidad. Cabe aclarar que no se está rechazando la importante responsabilidad de los laicos en la preservación de los carismas y espiritualidades que los fundadores han legado como respuesta, siempre creativa y actual, al mundo, sino que ellos deben estar siempre acompañados, guiados y formados por quienes de verdad, y de forma radical se comprometen a vivir una vida consagrada. De esta manera, los consagrados viviendo los consejos evangélicos, pueden formar a sus colaboradores, como es usual, a trabajan juntos por ser verdaderos testigos del servicio a los demás, y guardianes del maravilloso don de la vida, y la dignidad misma del ser humano, cuando hoy existe la cultura de la muerte, el rechazo y la exclusión; ser en medio de las dificultades, luz, e invitarlos a que, juntos, asumiendo los problemas y los nuevos retos del mundo actual, puedan, en medio de ello, buscar la santidad.

Por consiguiente, cuando no se trabaja en unidad por mantener vivo lo propio de cada comunidad religiosa, tanto consagrados como colaboradores de sus obras, el sentido individual de lo personal prevalece, siendo esto también un asalto a la vida de fraternidad.

El servicio a las vocaciones desde la pastoral vocacional, debe ser un servicio al mundo, a las sociedades y a la Iglesia, en la que su responsabilidad primera, será la de animar el don de la vocación, desde el testimonio y la oración, de quienes estén inquietos de hacer una opción por la vida consagrada; ahora no solo debe existir un responsable que lleve el orden de su función o organización, sino que todo consagrado debe ser animador de su propia vocación, para ser testigo ante los demás, y así, responsable también de los nuevos formandos, que inquietos vocacionalmente golpean las puertas de las comunidades religiosas para enamorarse de su posible opción de vida consagrada. Donde sino en los ya consagrados, como aquellos que actualizan el testimonio, el carisma y la espiritualidad de los fundadores, los nuevos miembros ven, conocen y se enamoran más de su llamado vocacional como don de Dios; “La mies es abundante y los obreros pocos. Rogad al Dueño de la mies que mande obreros a su mies” (Mt 9, 37-38; Lc 10, 2).

El “Venid y veréis” (Jn 1, 39), que pronuncio Jesús los apóstoles Juan y Andrés, debe convertirse en el camino a seguir, es la máxima que hay que pronunciar, para continuar el llamado que Dios hace a los nuevos miembros de las comunidades religiosas; “venid” a mi casa, descubre tu dones y carismas, y participa de la comunión que se te ofrece para vivir al servicio de los demás, desde nuestro carisma, en nuestro caso desde la Hospitalidad, y “veréis” que si lo dejas todo por ello, tu recompensa será infinita en la eternidad. “De ahí la necesidad de comunidades acogedoras y capaces de compartir su ideal de vida con los jóvenes, dejándose interpelar por sus exigencias de autenticidad, dispuestas a caminar con ellos”.

“La vida consagrada no busca las alabanzas y las consideraciones humanas; se recompensa con el gozo de continuar trabajando activamente al servicio del Reino de Dios, para ser germen de vida que crece en el secreto, sin esperar otra recompensa que la que el Padre dará al final (cf. Mt 6, 6). Encuentra su identidad en la llamada del Señor, en su seguimiento, amor y servicio incondicionales, capaces de colmar una vida y de darle plenitud de sentido”. “Las transformaciones en marcha piden directamente a cada uno de los Institutos de vida consagrada y a las sociedades de vida apostólica dar un fuerte sentido evangélico a su presencia en el mundo, en la Iglesia y a su servicio a la humanidad.

***CAMINAR DESDE CRISTO:
UN RENOVADO COMPROMISO
DE LA VIDA CONSAGRADA
EN EL TERCER MILENIO***

SEGUNDA PARTE

**LA VALENTÍA PARA AFRONTAR LAS PRUEBAS
Y LOS RETOS**

Descubrir el sentido y la calidad de la vida consagrada

12. Las dificultades que hoy deben afrontar las personas consagradas asumen múltiples rostros, sobre todo si tenemos en cuenta los diferentes contextos culturales en los que viven.

Con la disminución de los miembros en muchos Institutos y su envejecimiento, evidente en algunas partes del mundo, surge la pregunta de si la vida consagrada es todavía un testimonio visible, capaz de atraer a los jóvenes. Si como se afirma en algunos lugares el tercer milenio será el tiempo del protagonismo de los laicos, de las asociaciones y de los movimientos eclesiales, podemos preguntarnos: ¿cuál será el puesto reservado a las formas tradicionales de vida consagrada? Ella, nos recuerda Juan Pablo II, tiene una gran historia que construir junto con los fieles.⁴²

Pero no podemos ignorar que, a veces, a la vida consagrada no se le tiene en la debida consideración, e incluso se da una cierta desconfianza frente a ella. Por otro lado, ante la progresiva crisis religiosa que asalta a gran parte de nuestra sociedad, las personas consagradas, hoy de manera particular, se ven obligadas a buscar nuevas formas de presencia y a ponerse no pocos interrogantes sobre el sentido de su identidad y de su futuro.

Junto al impulso vital, capaz de testimonio y de donación hasta el martirio, la vida consagrada conoce también la insidia de la mediocridad en la vida espiritual, del aburguesamiento progresivo y de la mentalidad consumista. La compleja forma de llevar a cabo los trabajos, pedida por las nuevas exigencias sociales y por la normativa de los Estados, junto a la tentación del eficientismo y del activismo, corren el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y de debilitar las motivaciones espirituales. Cuando los proyectos personales prevalecen sobre los comunitarios, pueden menoscabar profundamente la comunión de la fraternidad.

Son problemas reales, pero no hay que generalizar. Las personas consagradas no son las únicas que viven la tensión entre secularismo y auténtica vida de fe, entre la fragilidad de la propia humanidad y la fuerza de la gracia; ésta es la condición de todos los miembros de la Iglesia.

13. Las dificultades y los interrogantes que hoy vive la vida consagrada pueden traer un nuevo kairós, un tiempo de gracia. En ellos se oculta una auténtica llamada del Espíritu Santo a volver a descubrir las riquezas y las potencialidades de esta forma de vida.

El tener que convivir, por ejemplo, con una sociedad donde con frecuencia reina una cultura de muerte, puede convertirse en un reto a ser con más fuerza testigos, portadores y siervos de la vida. Los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, vividos por Cristo en la plenitud de su humanidad de Hijo de Dios y abrazados por su amor, aparecen como un camino para la plena realización de la persona en

oposición a la deshumanización, un potente antídoto a la contaminación del espíritu, de la vida, de la cultura; proclaman la libertad de los hijos de Dios, la alegría de vivir según las bienaventuranzas evangélicas.

La impresión que algunos pueden tener de pérdida de estima por parte de ciertos sectores de la Iglesia por la vida consagrada, puede vivirse como una invitación a una purificación liberadora. La vida consagrada no busca las alabanzas y las consideraciones humanas; se recompensa con el gozo de continuar trabajando activamente al servicio del Reino de Dios, para ser germen de vida que crece en el secreto, sin esperar otra recompensa que la que el Padre dará al final (cf. Mt 6, 6). Encuentra su identidad en la llamada del Señor, en su seguimiento, amor y servicio incondicionales, capaces de colmar una vida y de darle plenitud de sentido.

Si en algunos lugares las personas consagradas son pequeño rebaño a causa de la disminución en el número, este hecho puede interpretarse como un signo providencial que invita a recuperar la propia tarea esencial de levadura, de fermento, de signo y de profecía. Cuanto más grande es la masa que hay que fermentar, tanto más rico de calidad deberá ser el fermento evangélico, y tanto más excelente el testimonio de vida y el servicio carismático de las personas consagradas.

La creciente toma de conciencia sobre la universalidad de la vocación a la santidad por parte de todos los cristianos,⁴³ lejos de considerar superfluo el pertenecer a un estado particularmente apto para conseguir la perfección evangélica, puede ser un ulterior motivo de gozo para las personas consagradas; están ahora más cercanas a los otros miembros del pueblo de Dios con los que comparten un camino común de seguimiento de Cristo, en una comunión más auténtica, en la emulación y en la reciprocidad, en la ayuda mutua de la comunión eclesial, sin superioridad o inferioridad. Al mismo tiempo, esta toma de conciencia es un llamamiento a comprender el valor del signo de la vida consagrada en relación con la santidad de todos los miembros de la Iglesia.

Si es verdad, en efecto, que todos los cristianos están llamados «a la santidad y a la perfección en su propio estado»,⁴⁴ las personas consagradas, gracias a una «nueva y especial consagración»⁴⁵ tienen la misión de hacer resplandecer la forma de vida de Cristo, a través del testimonio de los consejos evangélicos, como apoyo a la fidelidad de todo el cuerpo de Cristo. No es ésta una dificultad, es más bien un estímulo a la originalidad y a la aportación específica de los carismas de la vida consagrada, que son al mismo tiempo carismas de espiritualidad compartida y de misión en favor de la santidad de la Iglesia.

En definitiva estos retos pueden constituir un fuerte llamamiento a profundizar la vivencia propia de la vida consagrada, cuyo testimonio es hoy más necesario que nunca. Es oportuno recordar cómo los santos fundadores y fundadoras han sabido responder con una genuina creatividad carismática a los retos y a las dificultades del propio tiempo.

La animación vocacional

16. Uno de los primeros frutos de un camino de formación permanente es la capacidad diaria de vivir la vocación como don siempre nuevo, que se acoge con un corazón agradecido. Un don al que hay que corresponder con una actitud cada vez más responsable, y que hay que testimoniar con mayor convicción y capacidad de contagio, para que los demás puedan sentirse llamados por Dios para aquella vocación particular o por otros caminos. El consagrado es también por naturaleza animador vocacional; en efecto, quien ha sido llamado, tiene que llamar. Existe, pues, una unión natural entre formación permanente y animación vocacional.

El servicio a las vocaciones es uno de los nuevos y más comprometidos retos que ha de afrontar hoy la vida consagrada. Por un lado la globalización de la cultura y la complejidad de las relaciones sociales hacen difíciles las opciones de vida radicales y duraderas; por otro, el mundo vive en una creciente experiencia de sufrimientos materiales y morales que minan la dignidad misma del ser humano y exigen, con ruego silencioso, que haya quien anuncie con fuerza el mensaje de paz y de esperanza, que lleve la salvación de Cristo. Resuenan en nuestras mentes las palabras de Jesús a sus apóstoles: «La mies es abundante y los obreros pocos. Rogad al Dueño de la mies que mande obreros a su mies» (Mt 9, 37-38; Lc 10, 2).

El primer compromiso de la pastoral vocacional es siempre la oración. Sobre todo allí donde son raros los ingresos en la vida consagrada, se necesita una fe renovada en el Dios que puede hacer surgir de las piedras hijos de Abrahán (cf. Mt 3, 9) y hacer fecundos los senos estériles si es invocado con confianza. Todos los fieles, y sobre todo los jóvenes, están comprometidos en esta manifestación de fe en Dios, que es el único que puede llamar y enviar obreros a su mies. Toda la Iglesia local, obispos, presbíteros, laicos, personas consagradas, está llamada a asumir la responsabilidad ante las vocaciones de particular consagración.

El camino maestro de la promoción vocacional a la vida consagrada es el que el mismo Señor inició cuando dijo a los apóstoles Juan y Andrés: «Venid y veréis» (Jn 1, 39). Este encuentro, acompañado por el compartir la vida, exige a las personas consagradas vivir profundamente su consagración para ser un signo visible de la alegría que Dios da a quien escucha su llamada. De ahí la necesidad de comunidades acogedoras y capaces de compartir su ideal de vida con los jóvenes, dejándose interpelar por sus exigencias de autenticidad, dispuestas a caminar con ellos.

Ambiente privilegiado para este anuncio vocacional es la Iglesia local. Aquí todos los ministerios y carismas expresan su reciprocidad⁵² y realizan juntos la comunión en el único Espíritu de Cristo y la multiplicidad de sus manifestaciones. La presencia activa de las personas consagradas ayudará a las comunidades cristianas a ser laboratorios de la fe,⁵³ lugares de búsqueda, de reflexión y de encuentro, de comunión y de servicio apostólico, en los que todos se sienten partícipes en la edificación del Reino de Dios en medio de los hombres. Se crea así el clima característico de la Iglesia como familia de Dios, un ambiente que facilita el mutuo conocimiento, el compartir y el contagio de los valores propios que están al origen de la donación de la propia vida a la causa del Reino.

17. La atención a las vocaciones es una tarea crucial para el porvenir de la vida consagrada. La disminución de las vocaciones particularmente en el mundo occidental y su crecimiento en Asia y en África está perfilando una nueva geografía de la presencia de la vida consagrada en la Iglesia y nuevos equilibrios culturales en la vida de los Institutos. Este estado de vida, que con la profesión de los consejos evangélicos da a los rasgos característicos de Jesús una típica y permanente visibilidad en medio del mundo,⁵⁴ vive hoy un tiempo particular de reflexión y de búsqueda con modalidades nuevas y en culturas nuevas. Éste es ciertamente un inicio prometedor para el desarrollo de expresiones inexploradas de sus múltiples formas carismáticas.

Las transformaciones en marcha piden directamente a cada uno de los Institutos de vida consagrada y a las Sociedades de vida apostólica dar un fuerte sentido evangélico a su presencia en la Iglesia y a su servicio a la humanidad. La pastoral de las vocaciones exige desarrollar nuevas y más profundas capacidades de encuentro; ofrecer, con el testimonio de la vida, itinerarios peculiares de seguimiento de Cristo y de santidad; anunciar, con fuerza y claridad, la libertad que brota de una vida pobre, que tiene como único tesoro el Reino de Dios; la profundidad del amor de una existencia casta, que quiere tener un solo corazón: el de Cristo; la fuerza de santificación y renovación encerrada en una vida obediente, que tiene un único horizonte: dar cumplimiento a la voluntad de Dios para la salvación del mundo.

La promoción de las vocaciones hoy es un deber que no se puede delegar de manera exclusiva en algunos especialistas ni separarlo de una verdadera y propia pastoral juvenil que haga sentir sobre todo el amor concreto de Cristo hacia los jóvenes. Cada comunidad y todos los miembros del Instituto están llamados a hacerse cargo del contacto con los jóvenes, de una pedagogía evangélica del seguimiento de Cristo y de la transmisión del carisma; los jóvenes esperan que se sepan proponer estilos de vida auténticamente evangélicos y caminos de iniciación a los grandes valores espirituales de la vida humana y cristiana. Son, por tanto, las personas consagradas las que deben descubrir el arte pedagógico de suscitar y sacar a la luz los profundos interrogantes, con mucha frecuencia escondidos en el corazón de la persona, en particular de los jóvenes. Esas personas, acompañando el camino de discernimiento vocacional, ayudarán a mostrar la fuente de su identidad. Comunicar la propia experiencia de vida es siempre hacer memoria y volver a ver la luz que guió la elección vocacional personal.

PREGUNTAS para la reflexión

- 1.- **¿Cómo descubrir en este tiempo, que es el Espíritu Santo el que llama a descubrir la verdadera vocación de la vida consagrada, y desde ella, a afrontar las pruebas y los nuevos retos del mundo de hoy?**
- 2.- **Teniendo presente el Carisma de la Orden Hospitalaria, ¿cómo poder ser verdaderos testigos del amor de Dios, y del servicio de la Hospitalidad, y optar por la vida consagrada?**
- 3.- **¿Cómo hacer que la Pastoral Vocacional de la Orden Hospitalaria, sea responsabilidad de todos los Hermanos, desde el testimonio y la oración?**